

## **Sobre el Conflicto Social y la Construcción de Gobernabilidad Democrática.**

*por Pablo Lumerman*

*El desafío de vivir en una sociedad policéntrica y con profundas desigualdades, requiere de complejos mecanismos para prevenir la fragmentación social y alcanzar un desarrollo sustentable. En este marco Cambio Democrático apuesta a la política deliberativa como herramienta fundamental de construcción de gobernabilidad democrática.*

El conflicto social es intrínseco a la vida en sociedad. Se trata entonces de saber vivir a partir de él. Asimismo, resulta esencial advertirlo a tiempo a fin de prevenir soluciones autoritarias y no dar lugar a abordajes que se perciban injustos por las partes de forma que sus resultados provoquen frustración y ansias de revancha destructiva. Ocurre que, en dosis elevadas y mal conducidos, los conflictos pueden generar dinámicas socialmente autodestructivas y dar lugar a aquello que Mahatma Gandhi advirtió alguna vez: “*Con el ojo por ojo eventualmente nos quedamos todos ciegos*”.

En otras palabras, cuando el conflicto social no es manejado de manera constructiva puede debilitar a una comunidad, impidiéndole visualizar cuáles son las necesidades comunes que subyacen a todos sus miembros y arrojándola a una espiral de confrontación y polarización que resiente el tejido social.

En el contexto latinoamericano, el ejercicio de la democracia resulta cada vez más complejo. El sujeto de la teoría democrática –el pueblo– se despliega en una pluralidad de actores individuales y colectivos que, diversos y desiguales, conviven atravesados por el desacuerdo. Las instituciones de la democracia representativa, por sus carencias y vicios procedimentales, se encuentran con grandes dificultades para resolver los problemas sociales, propios de una sociedad policéntrica fragmentada, desigual y, por tanto, muy conflictiva.

Veamos a continuación, de manera breve, algunos casos que dan cuenta de la conflictividad imperante. En una ruta nacional del norte argentino, comunidades indígenas bloquean el paso de camiones que transportan los caños necesarios para la construcción de un gasoducto que busca conectar a tres países de la región. Estas comunidades, históricamente desconfirmadas como sujetos de derecho, demandan al Estado y a las empresas intervinientes que les reconozca el derecho a esas tierras.

Por otra parte, el municipio de Asunción había llegado a un acuerdo interjurisdiccional a fin de reubicar su vertedero municipal en otro distrito del área metropolitana. Sin embargo, debió dar marcha atrás

mediante una pirueta legal a causa de la férrea oposición de los vecinos del lugar. Es así que el desagüe tiene lugar en el sitio original y, de ese modo, pone en riesgo sanitario a su entorno. Además representa un problema de gobernabilidad urbana sin solución a la vista.

Otro caso –que tuvo una importante trascendencia mediática– es el de Esquel, en la provincia de Chubut. Allí, la empresa canadiense Meridian Gold se enfrentó a una dura oposición de vecinos autoconvocados, quienes resistían la puesta en operación de un proyecto de extracción de oro a cielo abierto. Ello, aun cuando la compañía cumplió con cada una de las pautas legales. En la actualidad, la fiebre anti-minera corre por las venas de las comunidades andinas y las posiciona como interlocutores necesarios para discutir el desarrollo local.

Los casos citados representan en gran medida la ingobernabilidad que caracteriza a las sociedades latinoamericanas. Además, revelan la dificultad sistémica a la que deben enfrentarse los hacedores de políticas públicas. Por otra parte, tal dificultad, se profundizada muchas veces por la falta de un diagnóstico adecuado sobre la conflictividad que enfrenta a los actores involucrados.

Cada vez con más frecuencia se encuentran, en una misma red decisional, el gobierno nacional, las instancias locales, las ONG's y el sector empresario, donde –cada uno en su idioma– aspira a alcanzar sus objetivos que se perciben como incompatibles entre sí. Con frecuencia, la debilidad de la institucionalidad pública y el predominio de dinámicas competitivas, impiden la emergencia de mecanismos adecuados para procesar la problemática social de manera constructiva.

En ese sentido, FCD trabaja con la convicción de que tales mecanismos se vinculan al uso de herramientas de diálogo democrático público que facilite a los actores sociales redefinir el problema que tienen en común, en términos no facciosos, y “agrandar el pastel” en disputa, en una lógica de interacción basada en el consenso.

Es el uso apropiado de tales herramientas lo que permite la aplicación de procesos colaborativos para el diseño y ejecución multisectorial de políticas públicas basadas en consenso. Asimismo, da lugar a una acción colectiva más rica y sustentable, piedra angular de la gobernabilidad democrática. De ese modo, FCD busca desarrollar procesos democráticos de toma de decisiones que permitan:

- La participación plena de todos los actores involucrados en la problemática, garantizando que la convocatoria pública permita, a su vez, el acceso equitativo a la información así como la preparación adecuada de todas las partes.

- La responsabilidad compartida tanto de actores gubernamentales como no gubernamentales sobre las acciones a desarrollar para resolver la problemática en cuestión.
- La creación de soluciones inclusivas que contemplen los intereses de todos los actores participantes, pero que a su vez no externalicen los costos de la solución a terceros ausentes.
- El aprendizaje mutuo que trae consigo el debate abierto, el intercambio de información y la negociación, lo que requiere eventualmente la necesidad de ponerse en el lugar del otro.

Es a través de estos procesos que FCD busca que la sociedad recupere la noción de sí misma en tanto tal. Una vez consciente, sí será capaz de resolver sus problemas más acuciantes y de capitalizar las oportunidades colectivas que se encuentran en los pliegues del presente.

Elevar la calidad de nuestra democracia –la de los barrios, la de las ciudades, la de las naciones– a fin de mejorar los procesos de toma de decisiones. Por allí va nuestra vocación, con el propósito de parar la pelea y hacer que los contendientes empiecen a preguntarse contra quién están pelean y porqué, para luego explorar si vale la pena hacerlo de otra manera